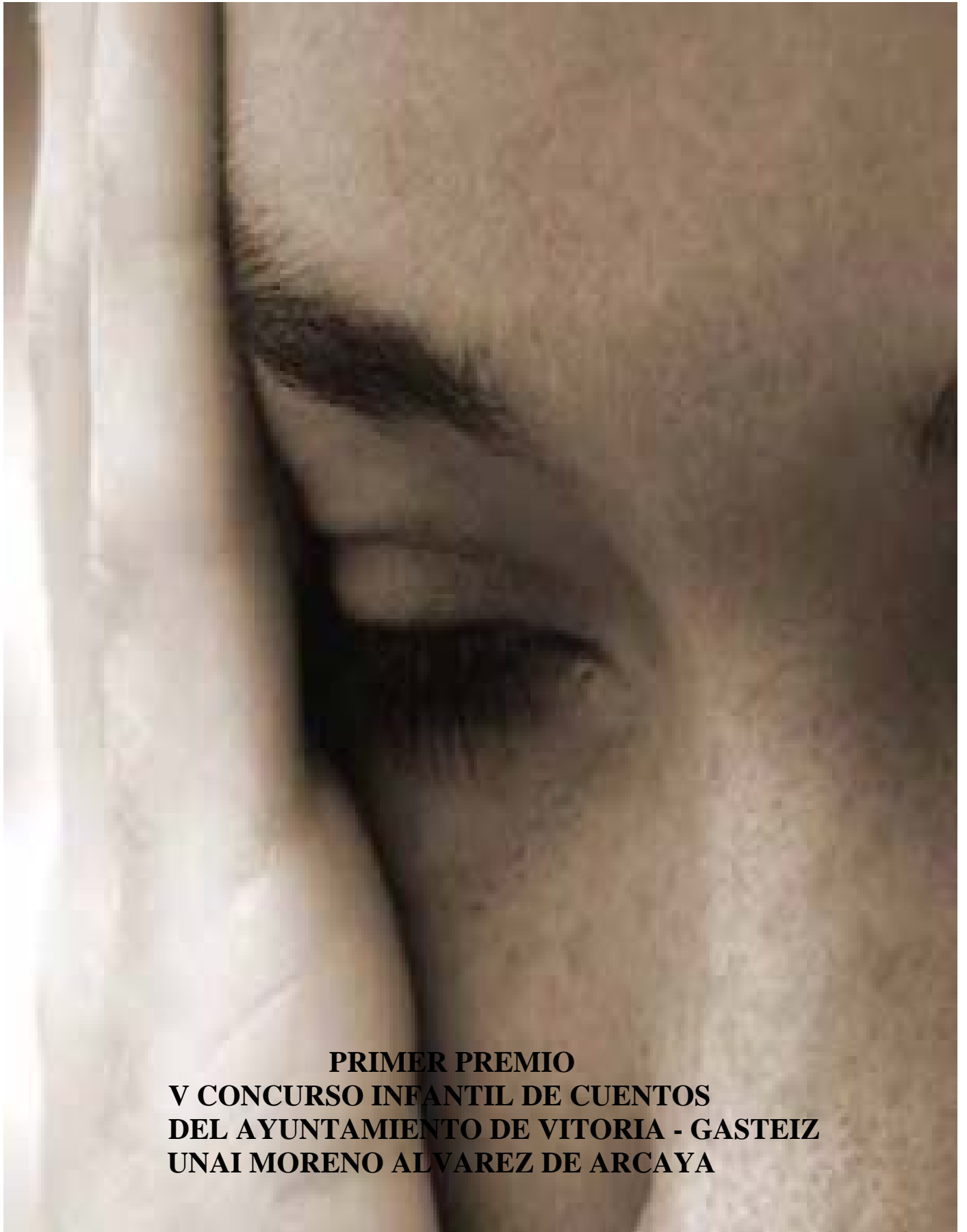


Un oscuro secreto



**PRIMER PREMIO
V CONCURSO INFANTIL DE CUENTOS
DEL AYUNTAMIENTO DE VITORIA - GASTEIZ
UNAI MORENO ALVAREZ DE ARCAYA**

Volvía a casa después de clase por eso llamé a la puerta y maldigo haberlo hecho. Me abrió mi madre, tenía los ojos rojos por lo que enseguida deduje que había estado llorando. Yo me pregunté por qué, pero mis dudas desaparecieron cuando por detrás apareció mi padre. Ellos lo ignoraban pero yo sabía, desde los siete años, que la maltrataba. Pero ahora tenía doce y estaba al tanto de que las agresiones habían ido a más.

Entré en la casa.

– Hola hijo –dijo mi madre.

– Hola -le respondí yo con un tono áspero.

Su cara adoptó una sonrisa falsa y de pronto dijo.

– ¿Qué tal en la escuela?

– Bien –respondí yo subiendo las escaleras hacia mi habitación.

Cuando llegué cerré la puerta de un portazo y me tumbé en la cama, no tenía ganas de comer. Cuando llegó la hora de ir a clase me fui sin decir nada, no tenía ganas de hablar con nadie.

Las horas de clase se me hicieron interminables, me sacaron castigado al pasillo porque no atendía a la profesora. Cuando llegué a casa una fuerza indescriptible me obligó a pegar la oreja a la puerta para saber lo que decían mis padres

– ¡Mira Lucas, sabes que no puedes obligarme a hacer eso!

– ¿A no?, todos mis amigos lo han hecho y yo no voy a ser el único que no lo haga. Además, en cuanto empieces voy a dejar de trabajar, me tomaré todo el tiempo libre que quiera.

– ¡Tus amigos y tú sois todos unos cerdos!

– ¿Qué? ¡Cómo te atreves!

Se oyó un fuerte golpe seguido por un débil quejido. Yo no me podía mover, mis músculos estaban paralizados por el miedo y de pronto oí:

– ¡Por favor!, no me obligues a hacerlo...

Me fui corriendo, no quería oír más. Ya me inventaría una excusa por el retraso más tarde. Tenía tanto miedo y estaba tan confuso...

Llegué a casa con hora y media de retraso, toqué el timbre y según oía unos pasos acercándose para abrir dude entre esperar o salir corriendo

La puerta se abrió y apareció mi madre con rostro de preocupación.

– ¿Dónde has estado?

– ¡Eh!, la profesora nos ha retenido en clase más tiempo de lo debido porque teníamos que terminar un trabajo de ciencias a última hora – mentí yo.

– ¡Anda que entre ya, voy a coger un resfriado de tanto tener la puerta abierta! –se oyó desde la sala. Era la voz de mi padre.

Entonces mi madre me invitó a pasar con la cabeza gacha, me mandó a la habitación a hacer los deberes y se dirigió a la cocina.

La noche transcurrió normal, mi padre, como siempre, estaba en el bar de al lado de mi colegio y yo me dormí antes de que el llegara a casa.

Cuando me desperté, me vestí, cogí la mochila y me fui a clase rápidamente para no estar tanto tiempo en casa.

Al volver de clase pensaba en lo que habría podido pasar entre mis padres en mi ausencia, esto me provocaba rabia e impotencia por no poder ayudar a mi madre.

Cuando llegué a casa no se oía nada en el interior. Al principio no me atrevía a llamar pero al final, en un intento de vencer mi miedo, conseguí llamar. Para mi gran sorpresa, sin abrir la puerta, mi madre me pidió que me fuese a jugar argumentando que en ese momento estaba muy ocupada.

Simulando que me iba hacia el parque, me dirigí a la ventana trasera de la casa que daba al salón y desde donde también se podía ver una pequeña parte de la cocina.

En cuanto me asomé me quedé petrificado, no podía creer lo que estaba viendo, mi padre yacía en el sofá de la sala muerto en medio de un gran charco de sangre que provenía de un corte profundo que tenía en el cuello. Al lado de él estaba mi madre con las manos ensangrentadas. De repente miró hacia la ventana en la que yo me encontraba, fue a la cocina, se lavó las manos y en cuanto me di cuenta de que se dirigía hacia la puerta corrí hacia la parte trasera del pueblo. Enseguida vi como ella venía tras de mí. Yo en realidad quería parar y ayudarla, pero en ese momento mis piernas no querían parar de correr. Bajé la acera hacia la carretera para atravesarla corriendo, entonces oí a mi madre pidiéndome que parara. En vez de hacerle caso aceleré mi marcha pero no llegué al otro extremo de la carretera ya que instantes antes de hacerlo un coche me arrolló con fuerza. Un segundo antes de perder la conciencia oí los fuertes y desesperados gritos de mi madre. Después los ojos se me cerraron y deje de oírlos.

– Señora, ya puede entrar a verlo –oí que decía una voz desconocida.

– Gracias –dijo una voz que al contrario de la otra me resultaba familiar.

Fue entonces cuando descubrí que ya no me encontraba en la carretera sino en una luminosa sala blanca. De repente el silencio fue invadido por la voz de mi madre que en un tono dulce dijo:

– Hola hijo, ¿qué tal estás? ¿Te acuerdas de lo que te ha pasado?
Yo me acordaba perfectamente de todo lo sucedido, sabía que estaba en un hospital porque había intentado huir de ella, por eso me había pillado un coche. Pero para ahorrar problemas y poder comprobar su reacción le dije que no, entonces fue cuando ella me mintió sobre lo sucedido. Me dijo que estaba pasando la carretera cuando uno de esos locos conductores que pasan sin mirar y muy rápido por los pueblos me arrolló sin querer.

Al escuchar aquellas mentiras que salían por la boca de mi madre me entristecí mucho, por eso decidí tirar la toalla, me rendí, ya era imposible arreglar las cosas con ella. Al fin y al cabo era cuestión de tiempo que descubrieran el asesinato que había cometido pero..., yo..., ¿a dónde iría con mi padre muerto y mi madre en la cárcel? Además nadie de mi familia vivía por allí, ya que mis padres, cuando eran novios, se habían mudado a este pequeño pueblo donde yo había vivido los últimos doce años para alejarse de cualquier familiar, debido a los problemas causados por mi padre con la familia de mi madre. Yo sabía dónde iba a terminar, prefería no hablar de ello pues me imaginaba en un internado hasta ser lo bastante mayor como para poder salir por mi cuenta, pues la pena de mi madre iba a ser superior a los diez años.

– ¡Eh ,cariño!, ¿es que te ha comido la lengua el gato? –Dijo ella al comprobar mi silencio.

De repente dos hombres con trajes azules irrumpieron en la habitación, acto seguido mi madre se dio la vuelta bruscamente y se limitó a preguntar con un tono de enfado:

– ¿Qué hacéis vosotros aquí?

– ¿Qué? ¿Que qué hacemos aquí? –Respondió uno de los hombres–
Ande, acompañenos y dejase de tonterías.

Acto seguido cogieron a mi madre y sin pronunciar media palabra la ataron con unas esposas y se la llevaron fuera de la habitación.

Entonces supuse que sería la última vez que vería a mi madre sin que ella hubiese cumplido con su condena, una rabia llena de impotencia invadió todo mi cuerpo al comprender que poco podía hacer por mi madre, fue entonces cuando decidí que debía trazar un plan.

Después de que viniera la enfermera a comprobar mi estado decidí levantarme y salir de la habitación.

Fuera había muchas enfermeras y auxiliares pero me vi capaz de superarlos a todos.

No me di cuenta hasta ese momento, pero al andar noté una leve cojera en la pierna izquierda, seguramente secuelas de aquel maldito accidente.

Conseguí llegar hasta las escaleras sin ser visto, para bajar necesite ayuda de la barandilla. Aunque fatigosamente logre llegar hasta la primera planta, allí me esperaba un gran reto, pasar por recepción. Para mi gran suerte, en ese momento por allí pasaba muchísima gente, ya que acababan de finalizar las horas de visita.

El plan salió perfecto porque, por muy increíble que parezca, conseguí salir de aquel hospital.

Al alejarme de allí me pregunté cuál sería mi próximo destino, en realidad no tenía ningún sitio donde acudir y pensé que antes de desaparecer debía aclarar ciertas cosas con mi madre. Suponiendo que todavía se encontraría en comisaría decidí dirigirme hacia ese lugar.

Un minuto después de atravesar la puerta de comisaría un policía me preguntó a ver qué hacía por allí, yo le respondí que necesitaba ver a mi madre, a lo que él respondió con tono amistoso:

– Lo siento mucho, pero no puedo dejarte pasar. Va en contra de las normas.

– Por favor –respondí yo– necesito verla. Necesito hablar con ella de un tema muy importante...

– Está bien –me cortó él– haré una pequeña excepción contigo. Espera un momento, ahora vuelvo.

No esperé más de cinco minutos cuando el hombre regreso y me preguntó por el nombre y apellidos de mi madre.

En cuanto se los dije me contestó que no había necesidad de buscarla, se acordaba perfectamente de ella ya que había sido detenida hacía tan solo un par de horas, pero que desgraciadamente ya había alguien visitándola.

– ¡¿Qué ya tiene visita?!

Es imposible pensé. ¿Quién será?

– ¡Por favor, tiene que llevarme hasta donde se encuentra mi madre! – dije en medio de un ataque de nervios.

– Está bien, cálmate –me respondió él– te llevaré hasta donde está ahora.

Al asomarme por entre los barrotes de la sucia celda no podía dar crédito a lo que veían mis ojos.

¡En aquella celda no había nadie! No podía ser la de mi madre.

El policía que se encontraba a mi lado llamo alarmado a sus compañeros.

En ese momento, mientras él me daba la espalda, vi un pequeño papel depositado en el banco, a la derecha del habitáculo.

Me abalancé sobre él y lo leí con un temblequeo que poco a poco me recorrió desde las manos hasta los pies:

“No te preocupes, estoy bien, pronto nos volveremos a ver.

Te quiero como a nadie, nunca te olvides de eso.”

30 AÑOS DESPUÉS

Ya han pasado treinta años, pero todavía sigo llorando cada vez que pienso en aquella noticia, en aquella en la que la policía aseguraba que mi madre había sido asesinada y arrojada al mar.

La nota que me encontré en su celda seguramente habría sido escrita a punta de pistola.

Pero dentro de mí había un gran presentimiento, sabía que la palabra te quiero había salido de lo más profundo de su corazón y que me había querido hasta el final de sus días como yo a ella, y por eso jure que quien la hubiese matado lo pagaría muy caro.

Ahora solo quiero que quien lea mi historia sepa que cumplí mi promesa ya que todo este resumen de mi vida ha sido escrito al lado del río al que arroje al mejor amigo de mi padre.

Solo me queda llamar a la policía, así me aseguraré de que este oscuro secreto salga a la luz, de que todo el mundo sepa los maltratos que sufrió mi madre por parte de mi padre hasta que ya no pudo más...

Después de escribir la nota, hundí una pistola en el interior de mi mandíbula, me preparé para la muerte y apreté el gatillo.